

faccion de un grande y justo deseo. Creía adivinar aquella música, porque aquella música resonaba en mi corazón como si fuera el reflejo de un recuerdo, el eco de una voz querida. A los pocos instantes lancé un grito involuntario de sorpresa. Nuestro artista tocaba unas variaciones de mi ópera favorita, de *La Sonámbula*. Nunca me ha parecido tan dulce y tan campestre el inmortal idilio del inmortal maestro. Aquella música, expresión de la inocencia y del dolor, apasionada, purísima, cuyo acento tiene para mí una indefinible magia, que llenaba los aires con sus dulces y tiernas melodías, y el corazón con ese dolor misterioso, que es la fuente de los grandes pensamientos, iba á perderse en suave concierto con el rumor de las brisas, de los bosques, y de las aguas, dulce acompañamiento, que identificaba la idea del hombre con la naturaleza, el espíritu con la creación, la vida de la conciencia con la vida de todos los seres. Nosotros, querida amiga, hemos perdido mucho de la intuición artística. Es un error aislar la naturaleza del arte, como hacían los pueblos primitivos, que creían no haber pensamiento superior al mundo. Es un error aislar el arte de la naturaleza, como hacemos nosotros, que aún

en el drama, en el arte más cercano al objetivo, (permitame V. lo pedantesco de la frase), tenemos bosques de almazarrón y cielos de lienzo. El verdadero instinto superior y artístico estaba en los griegos, que componían sus versos para todo el pueblo, y los recitaban en las fiestas públicas, y representaban sus dramas teniendo por bóveda el cielo, por luz el sol, por bastidores los árboles, por fondo el mar, el azulado mar Mediterráneo, que acompañaba con sus dulces y misteriosos ecos la gigantesca voz de los héroes, y el cántico religioso y acompasado de los coros, que elevaban una eterna plegaria al cielo. Así confundían el espíritu, la naturaleza y lo infinito en sus concepciones, eternos modelos del arte.

Mas volviendo al objeto principal de mi carta, diré á V. que pocas veces, muy pocas veces la música de Bellini ha dejado una resonancia tan dulce en mi alma como aquella noche, en que la tranquilidad del campo, la libertad del espíritu, la dulce tristeza del corazón convidaban á sentir esos sentimientos vagos y puros que son como un albor de nuestra patria celeste, y ora esas oraciones dulces y mudas que se exhalan del corazón tan espontáneamente como se exhala el aroma del

cáliz de las flores. Bien es verdad que el artista de quien hablo á V. ha recibido de Dios extraordinarias dotes, inspiracion, sentimiento, habilidad suma, una delicadeza, que parece que el aire mueve las sonoras cuerdas de su instrumento; una conciencia de lo que toca, que su rostro se inmuta y refleja todas las ideas de sus dulces armonías, de tal suerte, que es imposible oírle sin sentirse arrastrado, conmovido por esa mágia del canto, que parece tener dominio hasta sobre los seres inanimados, acaso porque la naturaleza está fundada en la ley de un eterno ritmo, y su sosegado movimiento es como una eterna armonía. He conservado en mi memoria el nombre del artista. Se llama Pallarés, y puede honrar á su patria, á esa hermosa tierra que produce espontáneamente las grandes imaginaciones.

Habíamos visto aquel profundo valle de noche, envuelto en la vaguedad de las sombras y en la mística luz de la luna. Teníamos un verdadero anhelo por verlo á la luz del sol. Muy temprano, cuando el dia despuntaba, estábamos ya recorriendo sus frondosos bosquecillos. No puedo pintar toda la amenidad de aquel risueño sitio, no puedo.

Las montañas doradas por la luz del alba, hundian sus cúspides en el éther de los cielos, tomando toda la vaguedad del horizonte; el terreno quebrado ofrecia colinas sombreadas de viñas, peñascos desgajados, y sobre esos peñascos levantadas pintorescas casas, lechos secos por donde en invierno se despeñan grandes torrentes, arroyuelos clarísimos que corren murmurando entre los troncos de los árboles, el rio reflejando en su tortuoso curso los bosques de las orillas como un cristal en que la naturaleza se recrea en contemplar á sí misma, yerbas tendidas por todo el suelo cubriéndolo con su verdor, plantas de todas clases, esas plantas y árboles pintorescos del Mediodia, el álamo cubierto de florida yedra, el ceniciento olivo, el oloroso verde mirto, cargado de sus negras lucientes frutas, la frondosa higuera, el naranjo y el limonero, que perfuman la atmósfera con sus olorosas esencias, la flexible palma ostentando su corona, que se destaca sobre todos los árboles; y mientras en las altas cimas de los montes se vé la encina del Norte, en lo profundo del valle la caña se mece hasta tocar con las largas cintas de sus hojas en las aguas, y la adelfa se tiende por los cáuces de los rios y de los tor-

rentes, haciendo sus flores tan purpurinas y tan encendidas como las rosas.

Pero entre todos estos árboles hay uno, cuya historia es tan dulce, tan tierna, que contada por la pluma de V., por esa pluma delicada y sencilla, haría verter dulces lágrimas á todos cuantos la leyeran. Se llama por antonomasia el limonero de Callosa. Aún creo que lo estoy viendo. Su añoso tronco parece palpitar al impulso de la sávia que corre por todos sus poros; sus anchas hojas de un verde brillantísimo, al descomponer el aire, lo llenan de aromas embriagadores; su copa, levantándose audaz, deja entrever algunos pedazos de cielo; su falda, cayendo sobre la tierra, forma como una choza de verdura, en la cual resaltan sus frutos de color de oro pendientes de las ramas; y á su pié corre un arroyo dulcemente, y á su sombra se alza una cabaña habitada por una familia, sin más patrimonio, sin más fuente de vida que aquel árbol, que extiende sobre ella sus ramas, como el ave del cielo extiende en el nido, sobre sus hijuelos, sus maternales álas. No puede usted imaginarse qué impresion tan profunda hizo en mi ánimo el cuadro de aquella familia. Una pobre mujer perdió á un tiempo á su marido

y á su hijo mayor, que era viudo, y se quedó con sus hijos, pequeños todos, y sus netezuelos, sin tener más patrimonio que aquel árbol. Con el producto del fruto del limonero crió toda aquella numerosa familia, alimentó á sus netezuelos y á sus hijos. En el tronco del árbol se apoya su vivienda. Un pequeño cercado de cañas sirve de corral á sus gallinas y demás aves domésticas. El árbol es tan grande, que sus ramas caen fuera de la tierra que es propia de aquella pobre familia, y cobija toda entera la vivienda. Aquella mujer tiene allí un salon más hermoso que los grandes salones aristocráticos, la copa de su árbol; tiene aromas regaladísimos, el aroma de su árbol; tiene flores hermosas, el azahar de su árbol; tiene en primavera música dulcísima, el canto de los ruiseñores que anidan en su árbol; tiene aire puro, el aire perfumado por su árbol; tiene aves que alimenta con el maiz y el trigo que recoge al pié de su árbol; tiene vida, sí, la pura vida que corre por su árbol. Es muy dulce, muy tierno, ver una familia que vive de la vida de un árbol, que le cuida como un padre, que le atribuye todas sus venturas, que le mira como la fuente de todos sus bienes, que le bendice á todas horas, que se

cobija bajo sus ramas como al calor de maternal regazo, que ve en cada uno de sus frutos un presente del cielo, que suspende la cuna de todos sus pequeñuelos de aquellas ramas, que celebra las bodas de todos sus jóvenes bajo aquella espléndida verdura, y que muere al pié de aquel árbol, trasmitiendo de generacion en generacion su recuerdo, hasta hacerlo sagrado en la memoria de los habitantes de toda la comarca. Yo, sentado á la puerta de la cabaña, con la cabeza apoyada en el tronco, y los ojos perdidos en aquel follaje, oía enternecido la historia del árbol, contada por una pobre mujer en el dulce dialecto valenciano, y á cada instante mi corazon latia como si recibiera la sávia de aquella prodigiosa naturaleza, y mi alma elevaba una muda pero sentida oracion á la inagotable Providencia. Yo, despues de haber recibido unas cuantas olorosas frutas del árbol, despues de haber saludado á los que puedo llamar sus moradores, seguí mi camino, explorando aquel delicioso valle, cuadro animado con los más bellos matices que toma la vida en la naturaleza.

Era necesario subir, y subir mucho. Cortamos unas cañas verdes que nos servian de bácu-

lo, y proseguimos á pié nuestro camino. Ya trepábamos por una colina, ya corriamos á bajar á lo profundo, ya bordeábamos un insondable abismo, en cuyo fondo se oía el misterioso ruido de las aguas. Yo creí que nada podia ofrecernos aquel valle de más hermoso que lo que habíamos visto. Y sin embargo, aún nos faltaba lo más sorprendente, lo más maravilloso. Despues de haber atravesado algunos bosquecillos y de haber trepado por algunas colinas, nos quedamos suspensos delante de un nuevo cuadro que se descubria á nuestros ojos. En el fondo se veian coronadas de nieblas montañas cenicientas, que parecen volcanes extinguidos; á la derecha se descubrian bosques de toda suerte de árboles, dorados por los rayos del sol naciente, é impregnados de las dulces armonias de mil canoras aves que saltaban por sus ramas; en el fondo de aquellos bosques, medio cubiertos por el follaje, se levantaban molinos y casas de campo cercadas de pámpanos; á la izquierda se perdian en declinacion progresiva colinas cubiertas de verduras, llenas de cabañas, de eras, de lagares, de huertos, de todo lo que puebla el campo; bajo nuestros piés se descubrian abismos, peñascos desgajados cubiertos de musgo

y ornados de flores de las mil plantas que la humedad, sangre de la tierra, produce y mantiene; y al frente, precipitándose desde una elevacion inmensa, tres grandes cascadas que formaban como arcos de brillantes y líquidos cristales, que se entrechocaban en las peñas, y al romperse salpicaban con sus espumas y con sus gotas de mil colores, segun el matiz de la refraccion de la luz, nuestras cabezas, que se inclinaban con religioso respeto ante aquel espectáculo, verdadera revelacion de la presencia de Dios en el mundo.

Yo quise subir hasta el origen de aquel espumoso rio, y con gran trabajo subí. Al ver aquellas fuentes que producen tanta vida, que llevan tanta sávia á los árboles, que son la providencia de tantas familias, me sentí dulcemente conmovido. Habia allí bosques de adelfas, todas floridas. Como llevábamos cañas verdes, cogimos ramos y coronamos las cañas con aquellas hermosas flores. Despues descendimos dando un adios á tantos sitios pintorescos como habíamos visto, á las colinas, á las cabañas, á las casas de campo, á los árboles. Al volver á nuestra habitacion iba cargado de flores y de frutas. Los campesinos salian á mi encuentro y me daban albr-

chigos, nueces tiernas, racimos de uvas, naranjas, limones, ponciles, manzanas, todas las frutas que daba aquel campo. ¡Oh! No puedo recordar tanta solicitud, tanto cariño, sin enternecerme y sin que se arrasen de lágrimas mis ojos. ¡Cuántas heridas del corazon cerraba este cariño! ¡Cuánto bálsamo ha derramado en mi alma esta continua comunicacion de la naturaleza, ténue velo que nos separa de Dios! El que dirigió esta expedicion fué D. Juan Thous, propietario de esta provincia, y diputado que ha sido á Córtes. Nunca podré encarecer bastante su caballeridad, la rica vena de su fecunda fantasía. Aún no se habia pensado una cosa, cuando ya estaba realizada, porque de su mente á su voluntad, y de su voluntad á las obras, no hay la distancia que media entre los demás hombres. Él nos guiaba por aquellos senderos, él organizaba nuestras expediciones, él hacia surgir á nuestra vista todos los encantos del país, él nos preparaba á cada paso una sorpresa inesperada. Es un poeta práctico, que pinta y canta con los hechos como otros pintan y cantan con las ideas. Yo nunca podré agradecerle bastante lo que se ha desvelado este verano por buscar algun lenitivo al grande, al in-

menso dolor que me llevaba á buscar la soledad del campo. Mi agradecimiento, pues, será eterno. Quisiera que V. fuese por aquellos países. No encontrará V. tal vez las montañas de las Provincias Vascongadas; pero encontraria V. la palma del Oriente, los bosques perfumados por el azahar, el mirto de que se coronaban los poetas antiguos, la adelfa cubierta de flores, el cielo siempre sonriente, iluminado por un sol de que no tienen idea en el Norte; el mar Mediterráneo con sus horizontes celestes, su tranquila superficie, sus leves ondas ceñidas de plateada espuma, su color claro, su eterna inspiracion artística, que aún vaga perdida por sus brisas, y en aquella fuente de vida acaso pulsaria V. de nuevo su hermosa lira, que debe V. tañer para su gloria y nuestro encanto. Queda de V. siempre admirador y amigo, Q. B. S. P.

FIN.

ÍNDICE

| | <u>Páginas.</u> |
|---|-----------------|
| El Papa y el Congreso—I. | 1 |
| II. | 45 |
| Ultima fase del cesarismo | 31 |
| La política nacional. | 47 |
| Las desgracias históricas de Italia—I. | 61 |
| II. | 73 |
| III. | 87 |
| Un derecho de asociacion. | 99 |
| La guerra de Africa—I. | 144 |
| II. | 129 |
| III. | 143 |
| La guerra de Africa, y abnegacion de la democracia. | 153 |
| La cuestion de Italia. | 165 |
| Carácter democrático de nuestra patria. | 177 |
| Cuestion de Italia. | 187 |
| El patriotismo español. | 203 |
| La cuestion de Italia. | 245 |
| España en el Congreso europeo. | 235 |
| La democracia europea. | 247 |
| El Congreso europeo. | 261 |
| Sres. Redactores de <i>La Regeneracion</i> | 275 |
| Sr. Director de <i>La Discusion</i> | 289 |
| Un dia en Algar. | 299 |